

MI PAPÁ ES CALVO, ¿SABÍAS?

Diego Agudelo

«Le mostré mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo las asustaba». Antoine De Saint-Exupéry

Julián tiene 5 años cuando es traído por su madre a mi consulta a causa de reportes en el preescolar de conductas desadaptativas, agresividad, falta de atención, hiperactividad y ausencia del efecto esperado de la medicación.

Su maestra describe en el informe de remisión a un niño al que se le dificulta comprender las instrucciones que se le dan a causa de su constante inatención, es bastante descontrolado, muy disperso, continuamente está hablando, no controla sus impulsos y emociones. Constantemente golpea a sus compañeros o los tira a la piscina en clase de natación sin razón alguna. A veces se torna también agresivo. Come poco y asegura que el

olor de la comida le desagrada. En el comedor emite extraños sonidos y gesticula como si quisiera devorar algo. En la buseta escolar tuvo un incidente en el que se descompuso totalmente, sin motivo aparente, incluso le salía saliva espesa por la boca.

Fue evaluado por las neurociencias y diagnosticado con Trastorno negativista desafiante y TDAH (Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad). Por esta razón consume ritalina desde el año 2004, cuando contaba apenas con 4 años de edad.

En la entrevista inicial con la madre, sobresale la dificultad del niño para permanecer quieto desde muy pequeño; agrega además, que no tenía con quién interactuar. Antes de ingresar a la guardería, tenía muy poco contacto con niños. Ahora en el preescolar, las quejas no cesan, no se puede estar quieto y por eso no es capaz ni siquiera de jugar, tiene una buena cantidad de juguetes por los que nunca se ha interesado. El padre trabaja en exceso, motivo por el que comparte muy poco tiempo con la familia.

Ingresó a la institución educativa a mitad del año académico, a un grupo ya consolidado por un conjunto de niños con varios años juntos.

Efectivamente, desde la primera sesión se observa un niño con exceso de movimiento corporal, se desplaza de forma continua por todo el espacio sin centrar su atención

en un objeto o actividad particular. Sus movimientos son acelerados y sin coordinación; por ello tumba casi todo. Mientras recorre de manera incesante el espacio dice lo siguiente: «Yo me volví muy fuerte y hago llorar a mis amigos, porque ellos se burlaban de mí», «los hago llorar a todos, corren de mí, ya les demostré a todos de mi fuerza», «cuando me hacen ofuscar les pego».

Así transcurren las primeras sesiones. Mi intervención consiste en permanecer en silencio, nada más. Sabía muy poco de lo que vivía Julian en el interior de su ser. ¿Qué podría decir yo?.

En una sesión toma lápiz y papel. Dibuja varios niños. Me muestra uno de ellos y me dice: «así es como me vuelvo cuando ellos me joden». «El jefe de ellos es Felipe, menos de mí». En su representación gráfica aparecen mutilados todos los niños, cada uno sin una parte de su cuerpo.

Seguidamente realiza otro dibujo, agua y peces. Sus palabras son: «los voy a votar donde salen las ballenas, a Felipe se lo tragó vivo».

En la sesión siguiente toma de nuevo hojas y lápiz, realiza trazos muy fuertes mientras dice: «son redes eléctricas y un ladrón que no puede salir de ellas; hay casa de terror, pero... se tranquilizó el cine, ya los puedes ver, son esqueletos vivos, hay varios cuerpos allí».

En el marco de este tipo de relatos, se desarrollan las siguientes sesiones, yo sólo permito que Julián pueda habitar ese espacio clínico sin imposiciones ni cuestionamientos. En todos los otros espacios recibe sanción por sus «extrañas conductas». A mí me interesaba saber sobre ellas, sobre el mundo de este pequeño.

En el siguiente momento del proceso, estoy más presente en la vida de Julián. «Hazme una bola muy importante porque voy a matar una araña con la plastilina». Respondo a su pedido y realizo una bolita de plastilina. Continúa: «Nadie va a dañar mis cosas»; toma unos muñecos que había realizado con plastilina y agrega: «los voy a proteger con polvo mágico.... Les riega el azúcar que encontró en una mesita».

¿Un niño que alucina?, me pregunté varias veces, a raíz de los reportes de su maestra y lo que el niño me llevaba a consulta: un cuerpo supremamente agitado, unas palabras en el marco de la agresión y la defensa frente al otro, con frecuentes relatos donde dice ser un monstruo, a partir de sucesos que sólo parecían ocurrir y significar para él.

Su posterior dibujo fue un pez, el cual me enseña diciendo: «es más apropiado, más generoso que todos», me dice: «ésta es tu mirada». Este momento del trabajo donde por primera vez aparece algo distinto a atacar o defenderse, marcará una diferencia significativa en el

funcionamiento psíquico de Julián. Mi mirada era otra opción, distinta a aquella que hasta entonces era la única que había dejado huella en él.

En una nueva entrevista con la madre me cuenta que el niño siempre ha estado en clases de natación, a pesar de que esta actividad nunca ha sido de su agrado y al parecer le produce mucho miedo. Pide con palabras y llanto no entrar al agua, sin embargo esta actividad ha sido siempre parte de su aún corta existencia, a causa del interés insistente de la madre. Para ella, aprender a nadar es una de las cosas más importantes de la vida, por ello le exige a su hijo asistir a natación. En una de las clases, cuando Julián contaba con tres años, respondió a su profesora ante el contacto con el agua a cierto nivel de profundidad: «boba estúpida, ¿por qué me hiciste ahogar si no sabo nadar?».

De esta entrevista con la madre, me llamó la atención la relación entre este triste relato de un niño obligado a estar en el agua y su conducta de lanzar niños a la piscina, dibujar peces que tragan niños, pero también el dibujo de otro pez con mi mirada, un pez «más generoso que todos».

Más adelante, Julián elige la plastilina para trabajar y me dice: «Felipe y Juan Esteban a veces son mis amigos». Dibuja pinos y nombra: «éstos son mis amigos, pero.... Los pinos se van, alerta, alerta, se van pero no estoy triste».

Seguidamente dibuja lo que llama *lienas*, «son buenas, mi *liena* está borrando todo para que yo no me caiga». Le pregunto ¿qué hacen la *lienas*?, Julián responde: «hacen que yo flote».

Por primera vez nombraba a sus compañeritos como amigos y de manera simultánea nombraba «algo se va y se borra y algo que llega», representado en los pinos y en las *lienas*. El recibir una nueva mirada, le permitía a su vez tener también una nueva mirada del mundo, con amigos.

Los pinos se iban, llegaban las *lienas* a hacer que Julián flotara por primera vez en un mundo en el que permanecía sumergido, ahogado por el imperativo de la madre que lo mantenía cada semana en la angustia que le producía el agua. Era la marca indeleble de aquel desafortunado encuentro donde pudo decir: «no sabo nadar». La madre representaba para Julián un Otro absoluto y omnipotente, parece que era el único referente; recordemos que desde más chico tuvo muy pocas opciones de vinculación con otros, al parecer todo lo que había era la madre.

En la sesión siguiente la lógica del trabajo cambia. Continúa trabajando con plastilina, pero ahora de forma más pausada, con elaboraciones más finas en las que me pide ayuda para construir objetos. Dice: «SOY UN ARTISTA».

En otro de nuestros encuentros elige por primera vez trabajar con pintura, dibuja una tormenta. Al enseñarme su obra me dice: «son aterradoras, ¿cierto? A mi me da demasiado susto..... ¿aún tienes mamá? Mi mamá me dijo cosas lindas sobre tu mamá». «¿Qué cosas?», pregunto. «Que era muy linda», responde Julián... Luego dibuja el sol, acompañando con palabras: «el sol es grande». Agrega más cosas a su dibujo y sus palabras son: «la manga es muy importante para los animales, para que crezcan y la vaca pueda alimentar a sus hijos y nos puedan dar leche. Éste es mi nuevo arte».

Aparecen palabras que metaforizan lo que la madre significaba para Julián, una tormenta que le produce susto, significado que ahora podía vivenciar no en su cuerpo con el exceso de actividad y violencia para defenderse, sino empezar a nombrar, por medio de dibujos y palabras. La nueva mirada, el nuevo pez, pone un límite al absolutismo de su madre y por ello empieza a ver no sólo el agua con las ballenas como hasta entonces ocurría, sino también el reconocimiento de otras cosas, su «nuevo arte».

En nuestro próximo encuentro entra diciendo: «te quiero mucho Diego, he pensado en ti todo el día y toda la noche, todo el día estaba planeando trabajar contigo». Esto evidencia el vínculo transferencial, imprescindible en todo tratamiento psicoanalítico.

Dibuja la familia y dice: «mi mamá era una bestia y quería conocer un monstruo». La madre representaba para el niño un efecto de bestia al «lanzarlo al agua» a través de la actividad de natación. La defensa que construye Julián tiene que ser potente para contrarrestar el efecto devorador que le venía de la madre y por ello él estaba respondiendo como un monstruo. De ahí la agresión a sus compañeros y eventos como segregarse saliva espesa. Sin embargo, esta respuesta como monstruo no fue equivalente a ser un monstruo. Sus relatos, sobre todo los que le hacían sus compañeros de grupo, no estaban acompañados de angustia; a nivel afectivo me pude dar cuenta que parecían más un juego que una certeza, motivo por el cual descarté la presencia de alucinaciones.

La búsqueda de una mejor manera de habitar el mundo la continuaba Julián a través de la pintura. Me pide autorización para pintar los juguetes que encuentra; le digo que sí y que también puede jugar con ellos. Sus trabajos de plastilina me los entrega para que yo se los regale a mi mamá, y me indica que le diga que él es un artista.

Realiza un nuevo dibujo, dice: «éste soy yo rodeado de tiburones», se queda en silencio y agrega, «lo que está ahí es un mundo de emociones y yo no sabía».

En sus juegos ahora aparece de forma continua el ayudar a los demás, salvar a los amigos, protegerlos, cuidarlos. Juega con juguetes, asumiendo roles y

representando situaciones diversas en las que aparecen muchos amigos.

En la siguiente sesión toma una bolsa de juguetes, diciendo: «con éstos es que juego con mis amigos, ya se volvieron todos mis amigos». «Un planeta maravilloso», dice al hacer una bolita de plastilina, «es maravilloso, sin agua».

Se sigue interesando por los monstruos, pero ahora con un matiz diferente. Me pide que dibuje animales para él colorearlos. Dice acerca del dragón: «un dragón amistable». Su discurso es más sereno, incluso por momentos es muy silencioso, mientras se dedica a sus obras de arte.

En la última sesión del año anterior lleva muchos juguetes, ballenas, caracoles, caballos marinos. Me regala y le envía también a mi madre. Se dedica a jugar; yo señalo: «Julián está jugando», y me dice: «ya no con hombres»; pregunto «¿cómo así?». Responde Julián: «¿no te acuerdas? Yo jugaba era con los niños».

Los niños eran sus juguetes, por eso no se interesaba por los que tenía en una gran bolsa en su casa, no estaban incorporados como algo importante en su mundo. Su respuesta ante la situación que le angustiaba fue a través del juego, un juego donde sus semejantes estaban en el estatuto de objetos, representaban juguetes para él,

ya que por la ausencia de referentes importantes como espacios afectivos sociales, el vínculo con pares y un padre que hiciera presencia en su vida y pusiera límite a la completud de la madre; el referente simbólico de acceso a la identificación e inclusión a la cultura no estaba consolidado. Faltaba una nueva mirada, que le permitiera dirigirse al mundo.

En una nueva sesión me pregunta qué es lo que escribo, le digo que escribo lo que pasa en ese espacio pero reitero su carácter confidencial; sin embargo me dice: «muéstraselo a tu mami. Me gustaría que tú fueras de mi familia, para que tuviéramos la misma mami». Yo le digo: «Julián también puede ser artista con la mami que tiene».

En el colegio ahora describen un niño con cambios muy notorios, sus agresiones y exceso de actividad han disminuido y los logros académicos comienzan a aparecer. El día de la mujer realizó una obra con plastilina y por primera vez dijo: «es para mi mami». Desde entonces la mami del analista se quedó sin regalos de este bello artista.

En la actualidad continúa consumiendo ritalina y asistiendo a clases de natación por decisión de la madre; sin embargo ahora en esta última actividad, parece que puede estar un poco más tranquilo.

Las últimas sesiones transcurren con muchas

construcciones en plastilina y juego simbólico. En una de ellas, modela tres flautas, nombra que es una para su mami, una para él y otra para mi. Terminadas estas tres flautas decide modelar una cuarta y dice: «es para mi papi; él es calvo, ¿sabías?».

Por primera vez aparece el padre en el trabajo clínico de Julián, a pesar de que lo nombra señalando que algo le falta, es importante porque signa el referente a un tercero, nos muestra que ya puede mirar y reconocer el mundo más allá del agua y los monstruos, más allá de la madre.

La presencia del padre y su ley es fundamental para que un sujeto acceda a la cultura. El padre de Julián siempre ha estado muy ausente de la vida familiar, por eso el niño lo nombra a partir de algo que le falta. Sin embargo, este sujeto ha logrado una vinculación diferente con la vida, la madre ya está incompleta en el psiquismo del niño y por ello él tiene otra opción, una vida que le espera, tal vez siguiendo al padre, aunque sea calvo.